

Por Carlos Balaguer

Habían pasado, al parecer, varias semanas desde que José, Marcela y su hija abandonaran el poblado de San Julián en busca del remoto amanecer. La intuición y el deseo íntimo de seguir les iba desarrollando dentro extraños sentidos de percepción.

Apenas se encubría el ruido de los pasos cansados y sin rumbo. Solamente a Liza, quien tenía menos años de pecar, le quedaba un buen poco de aquella luz verdosa, de aquel resplandor radioactivo en el corazón.

—Debemos descansar —ordenó Josemaría, director de la fuga—. Liza se acomodó sobre las hojas y se quedó dormida con su luz tenue en el palpitante ligero de su pecho.

El rostro blanquísimo de Marcela sobresalía en la noche de los instantes, de la vida que continuaba como un bombillo universal quemado.

José acarició sus manos con un profundo aire de ternura. Comenzó a intuir su cuerpo entre las ropas raídas, verdosas, sucias y desgarradas. Ropas cansadas de huir. Encendió el deseo.

Engeguado se le echó encima, pero el cuerpo de Marcela estaba frío, demasiado frío e inmóvil. La fiebre le estaba matando, la enfermedad adquirida en la travesía le daba fin. La tierra derrotó de su cara comovió a José y dispuso sus impetus.

—¡Estás muriendo, Marcela! —Calla. Liza duerme, puede despertar y enterarse.

—Pero no puedes morir. Ahora siento que te quiero. Aunque sea un poco, pero te amo. Te necesito.

—Queda Liza. Ella y tú pueden seguir la búsqueda del amanecer. Yo, mientras, me quedaré sumida en medio de un sueño largo y fantástico como los de ella. Estoy segura que el dormir, también habrá un sol para mí y sonaré un día esplendoroso. Limpio y claro como el que nunca tuvo.

José la abrazó y comenzó a llover entonces. Un sollozo suave, invernal, de depresión atmosférica.

Liza despertó con la cabeza metida entre las hojas. Sus ojos miraban por primera vez casi bien, debido al natural aprendizaje de adaptación a la oscuridad. Distinguió a José su padre, terminando de enterrar el cadáver.

—Se nos fue Marcela —dijo aquí—. No quise despertarla. Y no vayas a entristecerte. Tu madre hizo brujerías antes de morir y siempre andará con nosotros. Junto a ti. Y acariciarla y besará tus cabellos y tu rostro. Tu dirás que es una corriente de aire. Una brisa amorosa. Pero será ella.

Liza perdió los deseos de dormir. En el fondo sabía que ella y José no iban a ser perdonados por el Santísimo. La lluvia ácida y ciega como un murciélago arreció sobre el temor de la adolescente que, entre la habitual penumbra del castigo, advirtió que los meses o el tiempo que hubiera sido de la travesía en la fuga, sus alas continuaban creciendo y ensanchándose hacia un tiempo extraño.

Sus cuerpos se hallaban bajo el abrigo de inmensos árboles; cerca del lugar descansaba, sobre la tierra mojada, una de las bestias que les conducía. Era la última, pues las otras ya habían muerto. Al parecer agonizaba, su cuerpo horrible se convulsionaba lenta y torpemente.



"El rostro de Liza y los estados absurdos", tinta de Carlos Balaguer.

Rascándose las escamas, su cola larga e hiriente se enrollaba a las ramas cercanas, como una raíz más del funeral estelar.

Liza, aún más desconcertante, arrancó con cierto enojo algunos brotes de yerba venenosos que estaban al alcance de su mano. Comenzó a rumiar aquella amargura vegetal, como una amorosa criatura, en transición a la bestia. El brote de las alas en su espalda era por sí un signo malo, un indicio del proceso bestial del pecado. Comprendió que sus antepasados debieron de haber cometido faltas graves ante el cielo para que sucediera eso en su persona. Cuando Liza nació observaron aquellos detalles extraños de aberración genética.

Alguien culpó a la sífilis, a la desnutrición del feto en el vientre de Marcela en los días del embarazo. Un médico venido de Estados Unidos a realizar un estudio en la región opinó esa vez que su extrañeza física en el momento de nacer, obedecía a una dieta deficiente, de yodo y demás nutrientes, durante el tiempo de gestación y no a la tesis mágica de las viejas chismosas de decir que la niña salió con el símbolo genético de la libertad, por culpa del pecar de su madre en los conjuros que celebrara con el demonio.

Desde niña Liza se sintió así de extraña en el mundo. Por esa razón no deseaba que el tiempo pasara a fin de evitar el desarro-

llo y convertirse en mujer, esa criatura extraña en el milagro de la vida.

José despertó sobresaltado. Estaba mojado por la fiebre. Los mosquitos de la muerte zumbaban amenazadores en derredor.

—Liza, dime, ¿qué ha ocurrido mientras dormías?

—Nada. He estado pensando... José le advirtió la voz rara.

—¿Qué pensabas?

—No nos quieren perdonar allá en el Cielo.

—No me interesa ya lo que decida Dios.

Nosotros sólo queremos que amanezca y no habremos de doblar el pico y abandonar la búsqueda del sol. La tierra donde nace.

Tronó en el cielo y se encendieron los abismos espaciales en medio de descargas eléctricas.

—Siento profundo temor. Creo que nos tocará la suerte de mi madre.

—No. Marcela murió porque perdió a última hora los deseos de vivir. Tal vez se sintió de pronto sin amor, nos vio feos y oscuros del rostro. El rostro que hemos ido olvidando o que se va borrando como una fotografía.

Nosotros, en cambio, seguiremos adelante. No será más el buen panadero que fui en ese pueblo infeliz. ¡Seguiremos, aunque jamás vuelva a amanecer!

—¿Qué haremos si al fin despierta el día?

—Nos reiremos de contento. ¡Nos burlaremos del destino!

—Mi madre dijo que era disposición de Dios. Que era un castigo nada más el haber quedado a oscuras.

—Pues nos burlaremos de Dios. Soy necio, y nunca me detendré.

—Tú eres fuerte, y podrás seguir, pero yo...

José la tomó de los hombros y sonriendo obsesivamente la contempló, inmerso en la tenue claridad de la imaginación y el deseo. Los ojos brillaban como dos piedras de río mojadas, el agua, los dientes blancos. El agua bajaba en delgadas vertientes desde las montañas. José la acercó a sí y la besó en la boca, con un deseo irrefrenable.

—Florecerá hermosamente ante el cielo. Liza comenzó a temblar. Josemaría, su padre había muerto al igual que las bestias que les sacaron del pueblo de San Julián.

—No eres José. Has salido de la oscuridad del castigo, eres

aborto de la noche, del miedo. —También tú eres eso. Somos iguales. Has aparecido como yo de la oscuridad de la nada.

José la tenía presa entre sus brazos endurecidos por la agonía de la fiebre. Sediento por el deseo, más de la muerte que de la vida.

Liza comenzaba a creer en él interiormente. Su seducción era incontinente, inminente.

—¡Hazme de ti! —exclamó al fin, trémula y reluciente.

Los rayos continuaban incendiando los árboles secos de balsamo.

—Eres pasto de la fiebre. Sé que has muerto y que te vas sin amor rumbo al infierno.

Las alas de Liza se agitaban como las de un buitre queriendo alzar vuelo, como un inmenso rapaz de deliciosa carne y voz de flauta bajo la torrencial lluvia.

Hazme de ti, Dios espera esta grandiosa posesión de mi cuerpo en el tuyo, del tuyo en el mío: de esta bestialidad genética que soy.

—¡Haz que yo muera también!

Tronó en el cielo. Los ríos comenzaron a desbordarse. La iniciación de las bestias figuras fue perfecta, con desangramiento de flor y diamantes en la agua helada y viscosa.

El enorme buitre picoteó a su víctima, el cuerpo de José —más bien mortecino— fue destrozado por la bestia que el mismo acababa de poseer.

Liza comenzó a sollozar, pero el agua del cielo borraba las lágrimas de sus ojos. Batía sus alas, manchadas de carmin, su cabellera ondulada entre el viento y la tormenta. El cielo comenzó a derrumbarse y la tierra se abrió y se tragó todo, a sí misma a esa inconfesable geografía del infierno. Se sumió entre el fango el muerto y la voz de: "¡He sido tuya siempre, una vez más!" La corriente de lodo arrojó el recuerdo de lo que pudo ser, sepultándolo. La desbordante fuerza de los minerales en la destrucción se consumaba, llevando aquella dolorosa carga hacia la transición del cambio, como un acto de justicia.

Cesó de llover, se disolvió la ira chubascosa. Fue quedando todo en calma. Los cangrejos tronaron al salir de sus cuevas en la arena. El filo del mañana se recortó a lo lejos. El veredicto de Dios apareció en el cielo. Estaba amaneciendo.

Los Libros y los Días

Recibo cartas de buenos amigos españoles y revistas de minorías, en cuyas redacciones figura algún antiguo o moderno colega. Unos y otros coinciden en considerar caótica la vida española de estos días. No me extraña. A los que han sufrido siglo de esclavitud la libertad les sabe a caos.

Además, en parte los que lo dicen tienen razón. Encontrar los caminos perdidos hace cincuenta años en los laberintos de Europa lleva tiempo y paciencia. Y por desgracia, también, un poco de sangre.

Lo curioso es que el virus lírico se expande y ataca a jóvenes y viejos. Si todos los que escriben poesía o cosa parecida tuvieran verdadero talento, se daría el caso de veras halagüeño de tener en estos momentos y en España más de un centenar de genuinos poetas. Según la historia de las letras europeas, cada nación puede ufanarse de tener no más de tres o cuatro poetas en todo un siglo.

Con una capacidad enorme de irradiación y de influencia, en España tenemos hace tiempo a Lorca, Alberti y Miguel Hernández. Los otros son con alguna plausible excepción, ecos de ecos por el lado nórdico y transpirenaico. Unos con rima (imitando a los Paules galicos: Paul Verlaine, Paul Valéry, Paul Eluard, Paul Claudel). Otros sin ella, imitando a Rimbaud de la "Saison en Enfer" y a Lautréamont.

También los prosistas tenían Paules, algunos muy buenos (Paul Nizan). Otros no tanto (Paul Bourget, Paul Morand). Y un medio Paul que ha muerto hace pocos días: Jean Paul Sartre.

El caos al que aluden mis distinguidos correspondientes lo es al menos en los terrenos literario y político, que son los más inmediatos y resonantemente multitudinarios. Pero también en el caos hay motivaciones lógicas.

Por ejemplo el llamado caos político español es como la poesía un eco de ecos. Ayer lo era con Franco (un eco de Hitler y de Mussolini). Hoy busca en vano un eco propicio por Oriente o por Occidente. Esos ecos se encuentran y repercuten en cada cual de un modo diferente. Las discusiones en las asambleas, en las celebraciones callejeras y sobre todo en los periódicos alcanzan los niveles del delirio.

La Lírica y el Caos

Por Ramón J. Sender

En algunos países americanos de habla española sucede lo mismo.

Parece que esa guerra que se produce en cada generación y que ahora amenaza sin llegar a estallar ha soltado a sus fantasmas heráldicos y estos llaman de noche y de día en nuestras puertas. Los árabes que parecían estar al margen, resucitan ahora la Edad Media de los fanatismos fatimistas o mosaicos con un arma líquida e hidrocarburo.

Es decir que son tres las potencias en juego. A las dos que todo el mundo conoce hay que añadir la de los descendientes de los antiguos califos. Nosotros estamos integrados en la danza histórica más bien como potencia cultural. Los cuatro idiomas más universales o al menos más hablados por los seres humanos son el inglés, el chino, el español y el árabe.

Los poetas hispánicos de un lado u otro del Atlántico tienen motivos para considerarse implicados en las motivaciones del caos. Están afectados por el virus político. ¿En qué dirección? Habría que hacer un diagnóstico cuidadoso. ¿Quién se atreve?

No es que haya peligros implícitos inmediatos. Pero los hay de carácter moral: el peligro del error casual y accidental o del error deliberado. Porque los que hacen esa clase de diagnósticos suelen ser vulnerables también y por lo menos el virus de la televisión, de la prensa y de la comaduría callejera los vigila y asedia. Y a veces los contagia gravemente.

Es difícil hallar en nuestros días conciencias serenas y con verdadero genio discriminatorio. Porque no menos que de genio se trata. Y todos sabemos lo raro que es el genio aunque el centenar de poetas con rima o sin ella piense lo contrario. El optimismo y el narcisismo suelen ir juntos y son baratos.

El caos. Todo el mundo tiene miedo al caos. ¿Qué pasará en Yugoslavia después de muerto el mariscal Tito? ¿Y cuando muera Brezhnev? ¿O Kossygin? ¿O cuando los asaltantes de las embajadas se pongan de acuerdo en una dirección u otra? Porque parece que la tercera guerra mundial ha comenzado ya en la antalessa de los embajadores, lo que no deja de ser insolito.